

EL PENTAGONISMO EN TIEMPOS DE OBAMA

Raúl Moreno Wonchee

La historia se mueve. No me refiero, por supuesto, a la historia como proceso —en tal caso esta afirmación no sería sino una ociosa tautología—, sino a la historia como conocimiento y como interpretación. Es decir, el desarrollo del proceso histórico suele desvelar hechos del pasado, cuantimás conceptos y teorías. Así, el derrumbe del llamado socialismo real en Europa y la desintegración de la Unión Soviética nos obligan a una revisión a fondo de la historia del siglo XX. En este nuevo siglo vaya si no han variado las interpretaciones, y por consiguiente las valoraciones del desarrollo y los sucesivos desenlaces de las contradicciones que, en su momento, determinaron las diversas percepciones del curso de la historia contemporánea. Pero, sin duda, hay aspectos fundamentales de tales contradicciones que no sólo se han mantenido, sino que han proseguido su desarrollo mereciendo, quizá, nuevos adjetivos, pero afirmando y profundizando sus aspectos sustantivos.

Es el caso del imperialismo —fase superior del capitalismo, según Lenin—, que hacia finales del siglo XIX inició un intenso proceso de desarrollo que a lo largo del siglo XX desarticuló los viejos imperios coloniales, provocó dos o tres guerras mundiales, concentró el capital a nivel planetario, transnacionalizó y globalizó la economía, hizo surgir a la gran superpotencia económica y militar, puso al mundo al borde su destrucción, desequilibró brutalmente las relaciones de la civilización con la naturaleza y expandió, además de profundizar, la pobreza de grandes sectores de la población a niveles nunca imaginados. En la contraparte surgió el socialismo que, a pesar de sus deficiencias y derrotas, impidió la destrucción de la civilización e hizo ver las grandes perspectivas de la humanidad en tanto se emancipe de la explotación y conjure la guerra. Asimismo, tuvieron lugar grandes revoluciones nacionales antiimperialistas que ensancharon los horizontes civilizatorios, surgieron varias decenas de Estados independientes, se ha desarrollado una nueva y multifacética conciencia mundial de los riesgos y las perspectivas de la humanidad, grandes masas se han incorporado al desarrollo, se están conformando nuevos polos de poder internacionales y hay nuevos y más

favorables escenarios para la lucha de los pueblos por la soberanía, la paz y el desarrollo.

De lo que se trata, entonces, es de rescatar, en su historicidad, el pentagonismo. Porque más que someter el concepto a un análisis teórico, hay que redescubrir las circunstancias a las que respondió su elaboración y su uso en la lucha antiimperialista, entendida ésta no sólo como la expresión de las contradicciones entre la nación y los intereses imperialistas, sino como la elaboración de un proyecto político que frente a la estrategia de dominación del imperialismo, afirme la soberanía de los pueblos para que ejerzan su autodeterminación conjugando las exigencias del desarrollo democrático nacional con las necesidades sociales y las demandas populares.

Para Juan Bosch, la Segunda Guerra Mundial es un parteaguas y un punto de partida. Pero el desenlace del proceso iniciado en 1945 vuelve obligatoria no sólo una reflexión sino una revisión. Cuando se perfilaba el fin de la guerra, todo hacía suponer que el equilibrio entre los vencedores y la cuidadosa planeación de la paz realizada por Franklin D. Roosevelt, Iosif Stalin y Winston Churchill conduciría a una Europa democrática y neutral, a un paulatino desmantelamiento del colonialismo en Asia y África, a que en América Latina se abriera una vía propia de desarrollo nacional independiente y a que la comunidad internacional dispusiera de un instrumento eficaz para la solución pacífica de las controversias y promover la cooperación para el desarrollo.

Pero a la muerte de Roosevelt, en la cúpula del poder estadounidense se impuso otra visión, la de los que habían hecho de la guerra el mayor de los negocios por lo que buscarían a toda costa cerrarle el paso a la paz y continuar por el camino de la guerra. Así que cuando cayó Berlín y los pueblos del mundo se congratulaban del ancho panorama de fraternidad que se abría ante el mundo, en el declinante frente del Pacífico se empezó a cocinar la gran ignominia. En agosto del 45 Japón estaba vencido: los norteamericanos habían destruido su flota y lo habían desalojado de las estratégicas islas del Pacífico meridional y del sur. La armada yanqui había aproximado sus portaviones a las costas del Japón y había emprendido una devastadora ofensiva aérea contra sus principales ciudades,

¹ Texto presentado por su autor en la Cátedra Juan Bosch de la Universidad de La Habana en enero de 2010, que guarda interés al dar antecedentes y contexto a los cambios en la política norteamericana, en especial hacia Cuba.

puertos, centros fabriles e instalaciones militares. Los ejércitos nipones estaban siendo derrotados en China y en las penínsulas de Corea e Indochina. La Unión Soviética había invadido Manchuria. La capitulación era inminente.

Pero el 6 de agosto se produjo el primer bombardeo atómico de la historia en Hiroshima y tres días después, el 9, el segundo en Nagasaki. Nada, absolutamente nada justificaba la barbarie desatada contra esas ciudades indefensas, pues para mayor mérito de sus atacantes ambas habían sido declaradas ciudades abiertas. Para la historia oficiosa la muerte y la desolación dejadas por esos bombardeos marcaron el fin de la Segunda Guerra Mundial. Pero ésta ya había terminado y lo que realmente ocurrió en aquellas terribles jornadas de agosto fue el comienzo de la Tercera Guerra Mundial. Las bombas que destruyeron Hiroshima y Nagasaki no sólo tenían como objetivo la población de esas ciudades, sino los pueblos del mundo, que a partir de entonces serían rehenes de la amenaza nuclear. En Hiroshima, el Pentágono, brazo armado del imperialismo norteamericano, cegó la naciente paz forjada con inmensos sacrificios de todos los pueblos del mundo. Y así pudo seguir su marcha ascendente el complejo militar industrial contra cuyo predominio haría una insólita y significativa advertencia el mismísimo general Dwight D. Eisenhower en 1961, al dejar la Presidencia de Estados Unidos.

En efecto, el 10 de agosto de 1945 el poder imperialista norteamericano se alzaba con el monopolio atómico e instauraba el terror nuclear. La perspectiva de la paz democrática se desmoronó, Europa se dividió y se inició la carrera armamentista. Cuando la Unión Soviética rompió el monopolio nuclear se acentuó la Guerra Fría y el imperialismo emprendió la escalada: la guerra de Corea, el sometimiento de América Latina, las guerras en Medio Oriente, las guerras neocoloniales en Indochina y Argelia, la amenaza nuclear contra Cuba, la invasión a la República Dominicana, la guerra de Vietnam. Fue entonces que se produjo la clarinada intelectual de Juan Bosch. La publicación de “El pentagonismo, sustituto del imperialismo” tuvo lugar precisamente cuando Estados Unidos lanzaba contra Vietnam todo su poderío bélico, con excepción de las armas nucleares. Con una fina perspicacia, Bosch puso al descubierto los mecanismos económicos, políticos y culturales que retroalimentan el belicismo y puso al servicio de las fuerzas de la paz y el

La publicación de *El pentagonismo, sustituto del imperialismo* tuvo lugar precisamente cuando Estados Unidos lanzaba contra Vietnam todo su poderío bélico

antiimperialismo un valioso arsenal ideopolítico inédito hasta entonces.

Desde la hermenéutica marxista, hay quien cuestiona conceptualmente la sustitución del imperialismo por el pentagonismo. Pero debe tenerse en cuenta que Bosch no aborda el tema con ideas preconcebidas, sino que en apego a una tradición latinoamericana vigente desde las luchas por la independencia hasta nuestros días, busca respuestas propias a los problemas de la realidad. Es la ocupación militar de la República Dominicana por el ejército norteamericano en 1965 lo que desata la inteligencia de



Bosch en busca de explicaciones y respuestas. Y es entonces que encuentra las relaciones económicas que determinan la política guerrerista de Estados Unidos. Y acuña el término pentagonismo para definir su origen y ubicación en el entramado institucional de la Unión Americana y para diferenciarla de otras tendencias imperialistas, entonces en recesión, mucho menos proclives a la acción armada.

El desencuentro entre la idea de Bosch y las de Hilferding y Lenin sobre el imperialismo se debe a que responden a diferentes planos de análisis determinados por las



respectivas vías de aproximación al tema: la lucha nacionalista del intelectual humanista latinoamericano en el primero, y la economía política marxista en los segundos. Pero hay una evidente proximidad más importante, a mi juicio, que la distancia y que constata, una vez más, que las ideas generadas en nuestra América para responder a los desafíos de la realidad encuentran casi siempre, para no decir siempre, correlatos y similitudes con las postuladas por los grandes pensadores universales. En este caso, la cercanía del pensamiento de Bosch con el marxismo o con los marxistas o con los leninistas o con el mismo Lenin, se debe a que la lucha nacional liberadora y la lucha por el socialismo habitan en un espacio común. En todo caso, me parece válido interpretar a Bosch para proponer al pentagonismo como una tendencia extrema del imperialismo en la que la dinámica expansiva del complejo militar industrial arrastra y pone al servicio de sus designios guerreristas al gobierno norteamericano.

Porque después de Vietnam fue el pentagonismo el que se vio obligado a replegarse. En la segunda mitad de la década de los setenta parecían soplar nuevos vientos: la Unión Soviética hacía avanzar la distensión, en Nicaragua e Irán triunfaban sendas revoluciones populares, en Irak y Siria se perfilaba una conjunción que apuntaba a cambiar la correlación de fuerzas en Medio Oriente, en el cuerno de África y en las ex colonias portuguesas avanzaban procesos de liberación nacional, en Afganistán tenía lugar una revolución antifeudal, y con la presidencia de Cuba el Movimiento de los No Alineados alcanzaba un relevante protagonismo.

Pero con Reagan el pentagonismo volvió a la carga, esta vez con una estrategia implacable que consistió en retensionar Europa, dar un impulso sin precedentes a la carrera armamentista y abrir frentes de guerra ahí donde los pueblos habían obtenido o estaban en vías de alcanzar victorias significativas: Nicaragua, Etiopía, Angola, Afganistán. Lo que para los pentagonistas eran grandes negocios cuyo financiamiento corría a cargo de los estados de desarrollo medio a través de los circuitos financieros internacionales, para los pueblos en lucha representaban

enormes sacrificios y para la Unión Soviética una enorme carga que le obstaculizaba el desarrollo. La caída del socialismo real en Europa y la disolución de la Unión Soviética deben cargarse a la cuenta del pentagonismo.

Luego del breve receso que representó la presidencia de Clinton, con George W. Bush el pentagonismo volvió al centro de la escena. Las guerras de Afganistán e Irak pusieron de nueva cuenta sobre la mesa las tesis de Juan Bosch. Pero al final de cuentas, los jugosos negocios de la guerra no sólo son improductivos, sino también generan graves deformaciones en el conjunto de la economía. La crisis económica mundial aún en curso y cuya perspectiva no termina de delinearse aún para el futuro inmediato, junto con la quiebra de la política exterior norteamericana, mostraron objetivamente que el pentagonismo tiene límites estructurales. Pero también políticos: Barack Obama se abrió paso hasta la Presidencia de Estados Unidos para ofrecerse como una opción distinta. Su triunfo electoral mostró con elocuencia el hartazgo interno y externo hacia el guerrerismo y la ilegalidad del neoconservadurismo republicano.

Sin embargo, en Obama se han combinado la carencia de opciones de política económica y de alternativas políticas con una correlación de fuerzas fluctuante. Desde el inicio de su gobierno, Obama tuvo que transigir con sectores pentagonistas concediéndoles posiciones en su gobierno y mediatizando sus planes de paz en Asia y Medio Oriente; el gasto militar ha seguido creciendo no obstante los graves apremios económicos resultantes de la crisis. Obama no ha logrado perfilar un trato respetuoso hacia América Latina y se han mantenido las tendencias inerciales injerencistas. La derrota en las elecciones de medio período en las que los republicanos alcanzaron la mayoría en la Cámara de Representantes apunta a que el presidente Obama deba posponer sus planes reformistas a la eventualidad de una reelección, que por ahora se antoja difícil.

Mas todo indica que, tanto en los liberales de la élite del poder norteamericano como en la opinión pública progresista y en amplios sectores de la población, está creciendo la conciencia de que en un mundo donde se acentúan cada vez más las tendencias a la multipolaridad, otra vuelta de tuerca hacia la derecha que inevitablemente daría nueva fuerza al pentagonismo, representaría para Estados Unidos riesgos inéditos que preferirían evitar. El regreso al pentagonismo —que por cierto nunca ha abandonado el escenario— podría vulnerar una economía cuya salud está hoy en duda, cuando no quebrantada. ■

Raúl Moreno Wonchee. Académico y periodista mexicano. Médico cirujano por la Facultad de Medicina de la UNAM. Fundó y dirigió la revista *La Unidad*. Fue director de *El Gallo Ilustrado*, suplemento cultural del periódico *El Día*. Es actualmente investigador en el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre sus publicaciones, cabe destacar el libro *Sobre la marcha. Crónica de tiempos difíciles*, publicado en 2008.